

GÓMEZ IZQUIERDO, JOSÉ JORGE (COORD.),  
DE ROZAT DUPEYRON, GUY, FERNANDA  
NÚÑEZ BECERRA Y ALICIA CASTELLANOS  
GUERRERO, *LOS CAMINOS DEL RACISMO EN  
MÉXICO*, MÉXICO, INSTITUTO DE CIENCIAS  
SOCIALES Y HUMANIDADES/BUAP/PLAZA Y  
VALDÉS, 2005, 181 PP.

*María Eugenia Sánchez Díaz Rivera*

UIA-Puebla

Vivimos una crisis de identidad humana. La etapa actual de la historia (globalización, segunda modernidad, hipermodernidad, posmodernidad y posglobalización) ha significado un trastocamiento en las coordenadas espacio-temporales de la economía y la política, así como una perturbación de referentes a nivel generalizado. Se están dando complejos procesos de reconfiguración de identidades sociales y emergencia de identidades inéditas, al mismo tiempo que discriminación y tolerancia parecen avanzar en líneas paralelas en todas las latitudes.

El carácter polisémico del concepto racismo es por todos conocido; obviamente es necesario irlo afinando a partir de las diferentes realidades. Se trata de una representación social compartida por dominadores y dominados, ideología que legitima las desigualdades y jerarquías; así como la naturalización de las diferencias que conforman, como analiza Memi, un minisistema en donde la identidad del dominador y dominado se vuelve simbiótica. Raza, cultura y clase se entrecruzan de manera compleja en las estructuras sociales, mentales y en la psique de los individuos (según plantea Daniel Sibony); y parecen impactar hoy más que nunca las ambiguas relaciones entre Estado, etnia y nación.

Por supuesto que el problema es muy variado y estudiado por un número cada vez mayor de investigadores: Kimlika, Knight, Wieviorka y Daniele Joly, así como la notable multitud de antropólogos mexicanos. Es preciso decir que no es lo mismo el racismo sudafricano y norteamericano que las nacientes xeno-

fobias en Europa frente a la población migrante de los países árabes, la ex URSS o norte y centro de África. Tampoco es lo mismo el racismo que sufren los hispanos en Estados Unidos que el de los peruanos en Chile; ni es lo mismo el racismo consciente que el inconsciente y legitimado como el de México.

En momentos cuando “los migrantes mexicanos hacen trabajos que ni siquiera los negros quieren”, donde Memín Pinguín entra en escena, y cuando el EZLN convoca a un diálogo con todos los hombres, mujeres, ancianos y niños que quieran un México más habitable, este libro tiene una actualidad indudable.

#### EL SEÑOR CONDE Y LA HUMANIDAD. LOS PREJUICIOS ÉTNICO RACIALES DE UN VIAJERO SUIZO DECIMONÓNICO

Los cuatro textos contenidos en este libro resultan de sumo interés. Las reflexiones del conde suizo Henri de Saussure (a quien Guy de Rozat presenta no sólo dejándolo hablar sino convirtiendo al lector en compañero de su viaje por América en 1855) muestran cómo las representaciones sociales de su época, herederas de la Ilustración, manifiestan “la matriz de la civilización occidental en su relación con los demás”. Pero también expresan la idea de superioridad absoluta de la aristocracia europea, entendida Europa solamente hasta los Pirineos, por encima del resto de los mortales.

Ya Rozat planteaba que quizá se trataba más de un aristocratismo que de un racismo, ¿un aristorracismo? En su texto, el conde hace una feroz crítica a los españoles: que todos tienen cara de asesinos, no reflexionan y son pura pasión. Menosprecia a los criollos, los llama parásitos ineficientes y afirma contundentemente que el pueblo más bárbaro entre los civilizados es el norteamericano. Aunque desprecia su pragmatismo economicista, las inquietudes de Henri de Saussure relacionadas con la esclavitud de los negros suelen ser precisamente de tipo económico.

También dice que México es un país de risa, sobre todo sus aduanas. Y el señor conde que tanto critica la corrupción en éstas no tiene empacho en robarse códices prehispánicos y documentos coloniales cuando no se los venden a buen precio; actualmente en Ginebra conforman una colección. Y no parece considerar lo anterior como un acto ilícito sino un derecho que le confería su superioridad. Sus prejuicios y estereotipos raciales culturales —como cuando dice: “nada más grotesco que un negro vestido con un traje elegante”— se articulan con su muy personal narcisismo, el cual lo pone en rivalidad con un personaje ya histórico para él: el Barón Von Humboldt.

La identidad señorial de Henri de Saussure tiene mucho que decirnos acerca del perfil criollo mexicano. No se por qué me vino a la mente la ausencia de todos los diputados panistas en la sesión del Congreso cuando habló la coman-

danta Esther en nombre del EZLN en febrero de 2001. Por supuesto, lamento no poder dialogar con Saussure en cuanto a su idea de la ciudad de Puebla, “ciudad de la canalla, los bandidos y la superstición”.

En un trabajo histórico muy bien documentado, Fernanda Núñez Becerra fundamenta lo que ella denomina “El fantasma científico de la degeneración de la raza”, el cual recorre el mundo durante el siglo XIX. No obstante, ese lento proceso —analizado por Moscovici— que va transformando la “ciencia” en sentido común, sigue siendo mucho más vigente de lo que se dice y mucho más condicionante de prejuicios colectivos de lo que se piensa.

Núñez habla en torno al nuevo racismo mexicano del siglo XIX, que combina herencia colonial con ideología liberal —igualitaria y biologicista—, aunada a las teorías explícitamente racistas procedentes de Europa y Estados Unidos. Analiza cómo el supuesto reconocimiento de la igualdad en el primer Código Penal de 1871 permite encubrir no sólo diferencias culturales sino, paradójicamente, desigualdades sociales, además de facilitar arbitrariedades jurídicas.

La autora muestra cómo la obsesión por medir cráneos, cerebros, pies, manos y demás —corriente iniciada por Lombroso—, así como la preocupación por la “higiene social” y evitar la herencia “podrida” convierte, en el caso de México, a indios y mujeres en criminales en potencia. El cuerpo adquiere un significado amenazante cristalizado en la pigmentación de la piel y las prácticas sexuales “inmorales”, considerando ambas realidades como claves en la degeneración de la raza. La autora se alía con Pierre Taguieff para refutar estos prejuicios, estereotipos y mitos que han pretendido fundamentarse científicamente a partir de los actuales conocimientos científicos.

En el artículo “Para hacer nación: discursos racistas en el México decimonónico”, Alicia Castellanos plantea a partir de los discursos las dos vertientes del racismo que van emergiendo en el siglo XIX y se consolidan en las mentes y estructuras de la nación mexicana: la segregacionista, como la de Lucas Alamán, quien proponía que los indios vivieran como en la Colonia, en repúblicas de indios; y la asimilacionista, de liberales construyendo el mito del mestizaje que no pretendía articular, vincular o fusionar dos razas-culturas, sino desaparecer a los indios, blanqueándolos y civilizándolos.

Los discursos racistas políticos del siglo XIX y principios del XX no dejan de ser verdaderamente asombrosos. Consideraban que una población compuesta por inferiores, desiguales y diferentes, con lealtades comunitarias, era un obstáculo para establecer la igualdad que demandaba la construcción del Estado nacional. “Que coman más carne y menos chile” y “atraigamos inmigrantes de sangre europea” eran los medios que Justo Sierra proponía para terminar con el “problema indio” mediante el mestizaje cultural y físico. Es de todos conocido cómo José María Mora proscribió por ley la denominación de la palabra indio.

El ciudadano Gómez Parada, en la XIII Legislatura del Congreso, terminó un discurso diciendo: "no podemos fusilar a la raza indígena, pero sí podemos instruirla". La autora incluye un discurso de José María Lafragua, mi paisano, una joya de discriminación y racismo, por miedo. Las rebeliones indígenas y guerras de castas no eran una novela como decía Lafragua; por eso la ley en torno a la tolerancia religiosa, que facilitaría la inmigración anglosajona, de ninguna manera significaba devolverles su religión a los indios, incapaces de entender que la tolerancia de cultos es por razones de alta política pero capaces de reclamar sus tierras y poder.

¿Nos puede extrañar entonces que en el Senado se aprobara por unanimidad la ley anti-autonomías de los pueblos indios?

Jorge Gómez Izquierdo, en su texto "Racismo y nacionalismo en el discurso de las élites mexicanas: historia patria y antropología indigenista", desarrolla con gran maestría la siguiente tesis: en México, el mestizaje es la construcción ideológica racista de la identidad nacional, lo cual ha significado que el racismo no sea un elemento marginal en la sociedad mexicana, sino de tipo estructural, fenómeno omnipresente, constante e inevitable.

El autor parte de analizar cómo las culturas nacionales en todas las latitudes se constituyeron sobre el aprovechamiento o destrucción de la multiplicidad de culturas preexistentes (como apunta Gellner). "La conjunción del nacionalismo con el racismo en los procesos estatales de las construcciones nacionales era un hecho consumado en el último tercio del siglo XIX". El Estado-Nación vinculado con el capitalismo industrial requiere una población alfabetizada, adiestrada para la competencia técnica, movilizable y estandarizada. Esto supone no sólo una fuerte cohesión interna sino la homogeneización cultural que le proporciona la identidad nacional.

Gómez Izquierdo analiza esta problemática desde finales del Porfiriato hasta tiempos de Lázaro Cárdenas, a partir de textos de pensadores de la época y libros de primarias y secundarias. Divide su análisis en dos ejes: el problemático (valoración del indio desde la fábula hispanófila y pensamiento indigenista); y el resolutivo (salida mestizante donde maneja la fábula del mestizaje).

La visión hispanófila legitima la conquista porque plantea que acabó con las atrocidades sanguinarias de los pueblos indígenas: les trajo lengua y religión que los unió. La visión indigenista surge inspirada en el marxismo: anatematiza la conquista, la interpreta en el marco de la lucha de clases y propone integrar al indio en la lucha proletaria para generar una conciencia de clase (según el Programa de Educación Pública de 1935).

Entre estas dos cosmovisiones hay un punto en común: para que el país progrese y se estructure es necesario un mestizaje. No significa revalorizar la culturas indias para construir con éstas un proyecto de nación, sino desaparecer-

las por medio del mestizaje físico y la integración cultural. "El mestizaje nunca propuso la real unificación polinizante de las dos grandes matrices culturales en torno a las cuales, supuestamente, se levanta la historia de la nación mexicana"; se trató siempre del intento por imponer la civilización occidental sobre la mesoamericana.

Sin fisura alguna, los textos de historia patria comparten una de las paradojas más características en el nacionalismo mexicano: la imagen espeluznante acerca de sus antiguos habitantes debe conciliarse con la necesidad de fundamentar el orgullo nacional en las tradiciones más profundas de los primeros habitantes del territorio que ahora ocupa. Es una especie de esquizofrenia que lleva a fomentar el complejo de inferioridad y baja autoestima, a la sumisión, resignación, escarnio de sí mismo y reverencia al euroamericano. Gómez Izquierdo interpreta esto como una estrategia de dominación por parte de las élites. Ni el mito de esa raza cósmica de Vasconcelos ni el análisis de la historia como sujeta a las leyes económicas de los indigenistas resuelven esas ambigüedades.

El eje resolutivo fue la salida mestizante. La educación jugará un rol central fomentando el amor a la patria. El hombre que no lo haga "es un criminal, un monstruo, tan detestable como el que no ama a su madre", dice un texto para escuelas rurales y primarias de la SEP en 1935 (país, religión y lenguaje).

En 1939, última fase del gobierno de Cárdenas, en una postura conciliadora José María Bonilla apuntó: no podemos abominar a ninguno de nuestros progenitores porque sería abominar a nosotros mismos. Finalmente, se trata de construir la unidad de la gran familia mexicana.

Es interesante la observación de Gómez Izquierdo respecto a cómo este proceso permitió identificar a la clase media en una categoría racial.

El Seminario de Estudios sobre el Racismo en/desde México, y concretamente este libro, son un intento magnífico por deconstruir el mito de la identidad nacional para sentar las bases de un diálogo que permita enfrentar con mayor profundidad los problemas culturales, identitarios y de clase.

La interpretación de los acontecimientos fundacionales que dieron origen a la moderna nación mexicana sigue siendo polémica, dolorosa y frustrante, así como un obstáculo en la reconstrucción del tejido social, la reforma del Estado y elaboración de pistas de acción conjuntas. Investigaciones como ésta contribuyen para ir desbrozando el camino.

Una inquietud me surgió como punto a profundizar: el riesgo de hacer caso omiso a los efectos psicoculturales que explotación y discriminación han producido en las poblaciones sometidas, y en el país en calidad de subordinado a nivel internacional. Los criollos siguen despreciando a los indios, ahora los llaman hermanos indígenas y su moral señorial se alimenta de esta supuesta inferioridad.

Los indios tienen un resentimiento acumulado y una sensación de amor-odio frente al mestizo y blanco, la cual es necesario conocer mejor. El primero, conservador o liberal, panista o priísta, construyó su identidad racistamente. Para ambos, criollos y mestizos, la reelaboración emancipada de las identidades de los pueblos indios pone en tela de juicio no solamente intereses económicos y políticos sino también su identidad social.

Continuemos juntos y tercamente, intentando construir una colectividad en donde haya una igualdad que no homogeneice y una diferencia que no discrimine.